

del día y compuse varios tríos de canto, llenos de una armonía bastante vigorosa y de que tal vez hablaré de nuevo en el suplemento, si lo hago algún día. También se hicieron comedias, y en quince días compuse una en tres actos titulada *l'Engagement téméraire*, que se hallará entre mis papeles y no tiene otro mérito que el de ser muy jocosa. También hice otras pequeñas composiciones, entre ellas una pieza en verso titulada *l'Allée de Sylvie*, nombre de una alameda del parque que corría á lo largo del Cher; y todo esto sin dejar mi trabajo sobre la química y el que hacía con la señora Dupin.

Mientras yo engordaba en Chenonceaux, mi pobre Teresa engrosaba en París por otro estilo; y cuando volví hallé la obra que yo había dejado en el telar más adelantada de lo que había creído. Atendida mi situación, esto me hubiera puesto en grandes apuros si mis comensales no me hubiesen facilitado el único recurso que podía sacarme de ellos. Es uno de esos relatos esenciales que no puedo hacer con toda llaneza, porque sería preciso excusarme ó acusarme yo mismo comentándolos, y aquí no debo hacer una cosa ni otra.

Durante la permanencia de Altuna en París, en vez de comer en una fonda lo hacíamos ordinariamente juntos en nuestra vecindad, casi frente á frente al callejón de la Ópera, en casa de cierta señora la Selle, mujer de un sastre que servía bastante mal de comer, mas cuya mesa no dejaba de ser solicitada á causa de la buena y decente compañía que en ella se encontraba, pues no se admitía en ella á ningún desconocido, y era preciso ser presentado por alguno de los concurrentes. El comendador de Graville, viejo crapuloso, hombre de buenas maneras y de chispa, pero libertino, paraba allí y atraía una multitud brillante de jóvenes oficiales de la guardia y de mosqueteros. El comendador de Nonant, galán de todas las muchachas de la Ópera, traía todos los días las últimas noticias de la misma. Los señores Duplessis, teniente coronel retira-

do, anciano bondadoso y prudente y Ancelet¹, oficial de mosqueteros, mantenían un poco de orden en medio de estas gentes. También iban allí comerciantes, arrendadores y proveedores; pero corteses, probos, y de esos que se distinguen en su clase; el señor de Besse, el de Forcade, y otros cuyos nombres he olvidado. En fin, allí se veían personas de buen porte pertenecientes á todos los estados, excepto abates y golillas, gentes que jamás vi en aquella casa, pues estaba convenido no introducir ninguno.

Esta mesa, bastante numerosa, era muy divertida sin ser ruidosa; se bromeaba mucho en ella sin grosería. El anciano comendador, en todos sus cuentos de un color algo subido en el fondo, jamás perdía sus formas, de antiguo cortesano, y nunca pronunciaba una palabra obscena que no fuese con tanta gracia que hasta las mujeres lo hubieran perdonado. Él daba el tono en la mesa; todos los jóvenes referían sus aventuras galantes con tanta licencia como donaire, y los cuentos de muchachas estaban tanto más en boga, cuanto que teníamos el manantial á la puerta; pues la calle que conducía á casa de la señora la Selle era la misma donde estaba la tienda Duchapt, célebre modista, que tenía á la sazón muy lindas muchachas, y nuestros comensales iban á requebrarlas antes ó después de comer. Yo me habría divertido como los demás á ser más

¹ A este Ancelet fué á quien di una comedia mía, titulada *los Prisioneros de guerra*, que había escrito después de los desastres de los franceses en Baviera y Bohemia y que jamás osé confesar haber escrito ni mostrar; y esto por la singular razón de que el rey, la Francia y los franceses jamás fueron tan enaltecidos ni más sinceramente que en esta pieza; y porque llamándome republicano y revolucionario, no osé declararme panegirista de una nación cuyas máximas eran todas contrarias á las mías. Más condolido de las desdichas de Francia que los franceses mismos, temía que se tachase de lisonja y baja la expresión de un afecto sincero, cuya época y causa he manifestado en la primera parte y me he avergonzado de confesar. (Nota de Rousseau.)

atrevido, pues no había que hacer sino entrar como ellos, pero jamás supe atreverme.

En cuanto á la señora de la Selle, continué yendo á comer con frecuencia á su casa después de la salida de Altuna. Allí aprendí multitud de anécdotas muy divertidas, y poco á poco también adquirí, á Dios gracias, no las costumbres, pero sí las máximas que estaban en boga. Personas de reconocida integridad colocadas en situaciones difíciles, maridos engañados, mujeres seducidas, partos clandestinos, he aquí los asuntos más comunes; y el que más enriquecía la Inclusa, era siempre el más aplaudido. Esto me sedujo; formé mi modo de pensar conforme á lo que veía ser corriente entre personas tan amables, y muy buenos sujetos en el fondo, diciéndome: ya que son éstas las costumbres del país, cuando se vive en él bien pueden seguirse. He aquí la salida que yo necesitaba, y me resolví á seguirla gallardamente sin el menor escrúpulo; y el único que tuve de vencer fué el de Teresa, á quien me vi en los mayores apuros para hacerle adoptar este medio, único de salvar su honor. Su madre, que temía además una nueva invasión de chiquillos, vino á apoyarme, y entonces se dejó vencer. Buscóse una comadrona prudente y segura, llamada señorita Gouin, que vivía en la esquina de San Eustaquio, para confiarle este secreto, y, llegada la ocasión, Teresa fué acompañada por su madre á casa de la Gouin para dar á luz. Yo fui á verla varias veces, le llevé una cifra que hice por duplicado en dos tarjetas, y se puso una en las mantillas del niño que fué depositado por la comadrona en la Inclusa, del modo acostumbrado. Al año siguiente, vuelta á lo mismo, excepto la señal, que fué olvidada. Ya no fué preciso ninguna reflexión de mi parte ni el asentimiento de su madre: Teresa obedecía, si bien con dolor. Sucesivamente se verán todas las vicisitudes que esta fatal conducta ha producido en mi modo de pensar, así como en mi destino. Entre tanto atengámonos á esta primera época,

pues sus consecuencias, tan crueles como imprevistas, me obligarán demasiado á recordarlos nuevamente.

De esta época data mi conocimiento con la señora de Epinay, cuyo nombre aparecerá con frecuencia en estas memorias; se llamaba señorita de Esclavelles, y acababa de casarse con el señor de Epinay, hijo del señor de Lalive de Bellegarde, asentista general. Su marido era músico, así como Francueil. Ella lo era también, y la pasión por este arte estableció una grande intimidad entre estas tres personas. De Francueil me introdujo en casa de la señora de Epinay, donde ambos cenábamos á veces. Era una mujer amable, de talento, é instruida, y por consiguiente una buena relación. Pero tenía una amiga, llamada señorita de Ette, que tenía fama de mujer malévola y que vivía con el caballero de Valory, quien tampoco gozaba de una reputación envidiable. Estoy persuadido de que el trato de estas dos personas hizo daño á la señora de Epinay, á quien la naturaleza, al darle un temperamento muy exigente, había dotado de cualidades excelentes para moderar sus extravíos ó á lo menos hacerlos disimulables. El señor de Francueil le comunicó una parte de la amistad que á mi me tenía, y me confesó las relaciones que le unían con ella, por cuya razón yo no lo diría aquí si no se hubiesen hecho públicas hasta el punto de no ignorarlas el mismo señor de Epinay. De Francueil me confió bien singulares cosas sobre esta señora, de las cuales jamás me habló ella ni sopechó que las supiese, pues nunca dije una palabra ni la diré jamás en este punto á nadie⁴.

Estas mutuas confianzas me colocaban en una situación por demás embarazosa, sobre todo con respecto á la señora de

⁴ (Las *confidencias* hechas á Rousseau por el señor Francueil sobre la señora de Epinay no son ya un secreto para nadie. Las memorias publicadas á nombre de esta dama, nos han revelado que el señor de Epinay habia comunicado á su mujer una enfermedad vergonzosa, y que de ésta la habia adquirido su amante, á quien por poco le cuesta la vida.)

Francueil, que me conocía lo bastante para no desconfiar de mí, aunque sabía que estaba relacionado con su rival. Yo hacía cuanto me era dable para consolar á esta pobre mujer, á quien su marido no pagaba seguramente todo el amor que ella le profesaba. Tenía que escuchar por separado á estas tres personas; guardaba sus secretos con la mayor fidelidad, sin que ninguna de las tres me arrancase jamás ninguno perteneciente á los otros dos, y sin disimular á ninguna de las dos el afecto que me unía á su rival. La señora de Francueil, que quería valerse de mí para muchas cosas, tuvo negativas formales, y la señora de Epinay, que había querido encargarme un día una carta para Francueil, no solamente recibió una repuesta, sino también una explícita declaración de que si quería que no volviese á su casa, no tenía más que proponerme otra vez una cosa semejante. Debo hacer justicia á la señora de Epinay: lejos de desagradarle este proceder, habló de él á Francueil con elogio, y siguió recibíendome con el mismo agrado. Así es cómo en medio de relaciones tempestuosas entre tres personas á quienes apreciaba, conservé hasta el fin su amistad, su estimación y su confianza, conduciéndome con dulzura y complacencia, pero siempre con rectitud y firmeza.

Á pesar de mi estupidez y mi nulidad, la de Epinay quiso hacerme tomar parte en las diversiones de la Chevrette, castillo inmediato á San Denis, propiedad del señor de Bellegarde. Había allí un teatro donde á menudo se daban algunas representaciones. Diéronme un papel que me estuve estudiando durante seis meses sin descanso, y al fin hubieron de apuntármelo de cabo á rabo. Después de esta prueba no me propusieron más papeles.

Al trabar relaciones con la señora de Epinay conocí también á su cuñada la señorita de Bellegarde, que fué á poco condesa de Houdetot. La primera vez que la vi era la víspera de su casamiento; estuvo hablándome largo rato con esa encantadora

familiaridad que le es natural. Yo la encontré muy amable; pero estaba bien lejos de prever que esta joven sería algún día el árbitro de mi destino, y me arrastraría aunque muy inocentemente al abismo donde yazgo ahora.

Aunque no haya hablado de Diderot desde mi regreso de Venecia, así como de mi amigo Roguín, no obstante no había descuidado á uno ni otro, y cada día me había ido ligando con ellos más íntimamente, sobre todo con el primero. Él tenía una Naneta, así como yo una Teresa: era un punto más de contacto entre los dos. Mas la diferencia estaba en que mi Teresa, tan bonita como su Naneta, tenía un carácter dulce y amable, á propósito para enamorar á un hombre de bien; mientras que la suya, de genio áspero y de condición, nada revelaba que disimulase su mala educación. Sin embargo, él se casó con ella, en lo que hizo muy bien si lo había prometido. Pero yo que no había prometido nada, no me apresuré á imitarle.

También me había ligado con el abate de Condillac, que no era nada, como yo mismo, en literatura, pero que debía ser en el porvenir lo que es hoy día. Yo soy quizás el primero que ha conocido su capacidad y la ha apreciado en lo que valía. Él parecía complacerse también en mi compañía; y mientras que encerrado en mi cuarto de la calle Jean-Saint-Denis, cerca de la Ópera, componía mi acto de *Hesiodo*, venía algunas veces á comer á escote conmigo. Entonces se ocupaba en el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, que es su primera obra. Cuando la tuvo concluida, la dificultad estuvo en encontrar un librero que quisiese tomarla. Los de París son arrogantes y duros para todos los principiantes; y la metafísica, entonces muy poco de moda, ofrecía poco atractivo. Yo hablé á Diderot de Condillac y de su obra, y los puse en relaciones. Eran á propósito para simpatizar y simpatizaron. Diderot comprometió al librero Durant á tomar el manuscrito del

abate, y este gran metafísico cobró de su primer libro, y casi por favor, cien escudos, que quizás sin mí no habría encontrado. Como vivíamos en barrios muy separados, nos reuníamos los tres una vez en la semana en el Palais-Royal, é íbamos á comer juntos en la fonda de la Cesta Florida. Fuerza es que estas comidas semanales agradasen sobre manera á Diderot, porque él, que faltaba casi siempre á todas las citas, jamás faltó á ninguna de éstas. De aquí vino que yo concibiese el proyecto de escribir una hoja periódica titulada *le Persifteur*, que debíamos hacer alternativamente Diderot y yo. Borroneé la primera hoja, y esto me hizo conocer á d'Alembert, á quien Diderot había hablado de ello. Pero acontecimientos imprevistos nos atajaron y este proyecto quedó así.

Estos dos autores acababan de emprender el *Diccionario enciclopédico*, que al principio no debía ser más que una especie de traducción de Chambers, poco más ó menos como la del *Diccionario de medicina* de James, que Diderot había concluido por entonces. Éste quiso que tomase parte en la nueva empresa, y me propuso la parte de música, que acepté y escribí aprisa y mal en tres meses, plazo que me había dado, como á todos los autores que debían cooperar en esta empresa. Mas yo fui el único que estuve á punto el día fijado. Remítile mi manuscrito, que había hecho poner en limpio por un criado del señor de Francueil, llamado Dupont, que tenía muy buena letra, y á quien pagué su trabajo en diez escudos, sacados de mi bolsillo y que no me han reembolsado jamás. Diderot me había prometido por parte de los libreros una retribución de que nunca más hemos vuelto á hablar.

Esta empresa de la enciclopedia fué suspendida á causa de su prisión. Los *Pensamientos filosóficos* le causaron algunos disgustos sin ulteriores consecuencias. No sucedió así con la *Carta sobre los ciegos*, que no tenía de reprehensible sino algunas sátiras personales de que se ofendieron la señora Dupré

de Saint-Maur y el señor de Reaumur, y por las cuales fué detenido en la torre de Vincennes. Nada es capaz de describir la angustia que me causó la desdicha de mi amigo. Mi funesta imaginación, que siempre se pone en lo peor, se espantó; creí que quedaría allí el resto de su vida, y por poco me vuelvo loco. Escribí á la señora de Pompadour para rogarle encarecidamente que le hiciese poner en libertad, ó que se me permitiese encerrarme con él. Ninguna respuesta recibí á esta carta, que era poco razonable para ser eficaz; y no me lisonjeo de que haya contribuido á los paliativos que algún tiempo después suavizaron la cautividad del pobre Diderot. Pero si hubiese durado con el mismo rigor, creo que habría muerto de desesperación al pie de aquel abominable castillo. Por lo demás, si mi carta produjo poco efecto, tampoco me he jactado de haberla escrito; pues he hablado de ella á muy pocas personas, y nunca al mismo Diderot.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

